

EL MUSEO DEL ORO: UN COMPROMISO CON NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL

**Intervención del Señor Presidente de la República,
Virgilio Barco,
en la celebración de los cincuenta años del Museo del Oro**

Es grato para mí celebrar hoy con los directivos del Banco de la República y con todos ustedes, los cincuenta años de existencia de una obra que nos enorgullece a los colombianos. El Museo del Oro preserva para el país un significativo legado de orfebrería de nuestro pasado.

En sus comienzos el Museo tuvo alcances probablemente muy sencillos; sus fundadores, don Julio Caro y don Luis-Angel Arango, tal vez no imaginaron lo que hoy ha llegado a ser el Museo. La permanente voluntad de adquirir piezas importantes de orfebrería le ha permitido alcanzar hasta hoy una colección de 33.000 figuras. Estas, complementadas con una amplia diversidad de cerámicas, han facilitado la mejor comprensión del contexto cultural y del simbolismo de las obras de orfebrería.

Un aporte permanente a la historia de la cultura

Son muchos los aspectos que se deben destacar sobre la trayectoria del Museo del Oro. Uno de los logros más sobresalientes ha sido el de profundizar en el conocimiento de las comunidades precolombinas y su cultura. Millones de colombianos han podido apreciar y admirar el alto grado de desarrollo técnico, social y aún el político que alcanzaron estos pueblos.

La existencia de esta excepcional colección de objetos ha estimulado sin duda la investigación. Ha sido una labor silenciosa y perseverante para desentrañar los secretos de nuestra prehistoria.

El estímulo a la investigación propiciada por el Museo, ha servido de base para profundizar los estudios arqueológicos que interpretan y esclarecen las condiciones de vida y las costumbres de nuestros aborígenes. Como complemento del Museo, se creó la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, para promover esa disciplina y servirle de apoyo. Hasta el momento la Fundación ha financiado más de 150 investigaciones y ha publicado 40 estudios, como resultado de ellas.

Además de lo que significa como fuente de conocimientos de la época prehispánica, el Museo ha tenido resultados no sólo más próximos, sino de gran importancia. Sin duda, ha sido un símbolo que ha fortalecido nuestro sentido de identidad nacional. El Museo del Oro responde a la necesidad que tiene cada pueblo de identificarse con su pasado; porque aquí se guarda ciertamente la riqueza que representan las piezas, pero, aún más que ello, se conservan las bases que dan sentido a nuestro pasado, ya que contiene el patrimonio prehistórico que da testimonio de la diversidad cultural, y es expresión de la creatividad de nuestros orfebres aborígenes.

Conservar los objetos de oro y cerámica ha resultado ser una tarea sin tregua. Para preservar los testimonios del pasado, el Museo adquiere, en las zonas de riqueza arqueológica, piezas significativas. Hace apenas dos años, el descubrimiento de lo que hoy se denomina el "Nuevo Tesoro Quimbaya", compuesto por trece piezas de extraordinaria belleza, permitió acrecentar significativamente la colección de objetos de esa época.

Pasado y presente de nuestro patrimonio cultural

Las salas del Museo muestran las culturas prehispánicas de Colombia con sus particularidades, sus técnicas para trabajar el oro y sus estilos característicos. El Museo del Oro rescata aquello que aproximaba esas culturas remotas, sus relaciones culturales y comerciales; claramente se señalan los vínculos existentes entre ellas y las que todavía subsisten, destacando los nexos con las comunidades indígenas descendientes de aquellas, que conservan casi intactos algunos de sus principios religiosos y sociales. Todo ello nos ayuda a interpretar ahora, con mayor fidelidad, la diversidad regional, y la variedad de manifestaciones culturales que existieron en nuestro país.

Pero no nos podemos detener en la simple contemplación del pasado. Es necesario, también, defender el presente y el futuro de las comunidades indígenas. Los colombianos debemos, no sólo maravillarnos por las contribuciones que nos legaron los antepasados de estos pueblos, sino comprender que nuestros indígenas poseen la vitalidad cultural y social para continuar haciendo aportes significativos.

Es por ello que el Gobierno Nacional, como parte de su compromiso de cambio social, ha dado especial prelación a la protección y defensa de los derechos de los indígenas. Un componente esencial de esta política ha sido la recuperación de su legado territorial, mediante la constitución de resguardos y reservas en una extensión sin antecedentes. Así, al exaltar hoy la riqueza orfebre precolombina, estamos también manifestando nuestro reconocimiento a las comunidades indígenas de hoy, que son los herederos contemporáneos de aquellos artífices.

El Museo: un testimonio de nuestra diversidad regional

El Banco de la República, consciente de la amplitud cultural de nuestros pueblos precolombinos, ha establecido ocho museos regionales en ciudades donde se asentaban, precisamente, aquellos pueblos que sobresalieron por su orfebrería. En Armenia, Pereira y Manizales, los Museos del Oro Quimbaya; en Pasto e Ipiales, los del Oro Nariñense; en Cartagena, el del Oro Sinú; y en Santa Marta el Tayrona, que constituyen una demostración del esfuerzo descentralizador, a la vez que son un reconocimiento a las regiones donde se produjeron muchas de esas piezas.

El Museo ha sido un inigualable embajador de Colombia en el exterior. En el último cuarto de siglo, con muestras selectas de las colecciones han llevado a cabo exposiciones en 82 ciudades en todos los continentes, produciendo la admiración y el asombro de los visitantes.

No hemos sido los colombianos lo suficientemente cuidadosos en la preservación de nuestro patrimonio cultural, tanto el arqueológico como el histórico. El comercio clandestino de piezas de orfebrería, de documentos, de obras pictóricas, aún continúa. En el caso de la orfebrería, las excavaciones clandestinas de los gaudiosos y la fuga de piezas hacia el exterior, empobrecen ese patrimonio que ha subsistido en el tiempo. Es tarea de todos los compatriotas y de sus dirigentes fomentar el conocimiento, la valoración y el sentido de pertenencia de ese legado. Avanzamos precisamente en la formulación de un proyecto de Ley Marco de conservación del patrimonio nacional.

El Banco de la República y el fomento al desarrollo cultural

En nombre del Gobierno Nacional y de todos los colombianos, quiero hoy rendir homenaje al Banco de la República, a sus directivos, a los funcionarios vinculados a él y a quienes han contribuido con su dedicación al estudio, al conocimiento y a la difusión de este valioso patrimonio que reúne el Museo del Oro.

Entre la nómina de directivos, investigadores y personal científico y técnico vinculado a la vida del Museo del Oro, debo destacar la labor silenciosa y eficaz en esta empresa cultural, de dos de sus distinguidos directivos: Luis Barriga del Diestro y Luis Duque Gómez. El Gobierno Nacional, en reconocimiento a su labor, les confiere la Orden Nacional al Mérito.

Pero, la labor cultural del Banco Emisor se extiende y desarrolla en múltiples frentes de trabajo. Es así como su contribución técnica y financiera a la conservación del patrimonio arquitectónico, es de todos conocida. El fomento de los servicios bibliotecarios, en diferentes ciudades del país, se complementa con la promoción de las múltiples manifestaciones culturales locales.

A comienzos del próximo año se concluirá la ampliación de la Biblioteca Luis-Angel Arango, que dispondrá de un área cuatro veces mayor a la original, lo que asegura la expansión, en diez veces, de su capacidad de atención a los lectores.

El fomento a los estudios de nuestra realidad económica y sus fondos editoriales en diferentes áreas de conocimiento, contribuyen a fortalecer la información sobre las diversas regiones de nuestro territorio.

En esta feliz conmemoración, reafirmo el sentimiento patriótico y de estímulo al desarrollo cultu-

ral del país, que ha caracterizado al Banco de la República a lo largo de su existencia. Este Museo del Oro demuestra, una vez más, la dinámica de la Institución y su compromiso con nuestro patrimonio cultural.

Bogotá, 17 de noviembre de 1989

Palabras pronunciadas por el doctor Francisco J. Ortega, Gerente General del Banco de la República, con motivo del cincuentenario del Museo del Oro

El Banco de la República conmemora hoy con especial y justificado regocijo el cincuentenario de la fundación del Museo del Oro, una institución que, con la Biblioteca Luis-Angel Arango, constituye motivo de orgullo nacional y la empresa de mayor aliento cultural lograda en los largos años de existencia de nuestro Banco Central. Esta efeméride adquiere particular significación al tener entre nosotros al señor Presidente doctor Virgilio Barco y a doña Carolina, siempre admiradores fervorosos de este Museo, quienes gentilmente han aceptado presidir el evento que ahora nos congrega.

Lo que inicialmente fue un pequeño conjunto de reliquias precolombinas, recogidas con solicitud por los primeros gerentes y preservadas con verdadero cariño en el salón de la Junta Directiva durante los años iniciales de la colección, se convertiría con el paso del tiempo en la maravillosa expresión que hoy se exhibe para admiración de propios y extraños. Ciertamente nos encontramos frente a la más numerosa y completa colección de orfebrería prehispánica del mundo, sorprendente por la belleza formal de sus creaciones y las técnicas metalúrgicas empleadas en su confección, que contrastan con la natural limitación de los recursos culturales de los pueblos de aquellas lejanas épocas.

En buena hora el Banco de la República emprendió la patriótica tarea de salvar para la posteridad los restos dispersos de este valioso patrimonio de Colombia y América. Este conjunto excepcional se fue formando a partir de adquisiciones aisladas y tomó mayor significado, con la obtención de muestrarios particulares, propiedad de familias como las de don

Leocadio María Arango, en Medellín, y la de don Santiago Vélez en Manizales, quienes con paciencia y devoción por el arte habían venido recolectando diversidad de piezas; a ellos, como precursores, rendimos hoy el debido homenaje. Años más tarde se incorporó el conjunto de figuras de propiedad de la familia Cano y posteriormente se han seguido adquiriendo elementos que provienen de frecuentes hallazgos hechos en los antiguos asentamientos de las poblaciones aborígenes, en especial de las áreas donde se ubicaban sus enterramientos o se realizaban sus ritos ceremoniales.

En retrospectiva, vemos que el Museo fue la fuente de la vocación cultural del Banco. Aquel nace como elemento dirimente de la controversia entre tener el oro como reserva para respaldar la emisión de numerario, en cumplimiento de las reglas monetarias que regían en la época del patrón oro, o preservar el metal trabajado en la forma de los objetos de origen prehispánico. Los documentos históricos señalan que las directivas del Banco no tuvieron vacilación en preferir el segundo camino, el de la guarda y conservación de los elementos materiales.

Es de justicia expresar en esta noche un recuerdo agradecido a los gestores iniciales de esta magna empresa de cultura: don Julio Caro y don Luis Angel-Arango; al primero de ellos correspondió tan feliz iniciativa y al segundo la adquisición de las primeras colecciones y la construcción en el actual edificio del Banco de una bóveda especial para instalar adecuadamente el Museo; a él se debe también la publicación de la magnífica obra intitulada "Orfebrería Prehispánica de Colombia", escrita por

el arqueólogo español don José Pérez de Barradas. Al doctor Eduardo Arias Robledo, cuya principal preocupación fue la de dotar de sede propia a la entidad, y que culminó con la afortunada realización arquitectónica donde ahora nos encontramos y que es digna de albergar tan connotado tesoro.

El doctor Germán Botero de los Ríos, puso en marcha la Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, con el propósito de estimular en el país los estudios relacionados con las piezas de oro para lograr así una mejor documentación científica indispensable para que el Museo adquiriera su verdadera dimensión. El doctor Rafael Gama, quien llevó a la práctica la política descentralizadora al establecer conjuntos representativos de las obras de los pueblos orfebres en las regiones donde éstos habitaron y de esta forma ser exhibidos en las sedes de las Sucursales del Banco o en construcciones especiales. Al doctor Hugo Palacios por haber gestado y desarrollado la obra del Parque-Museo Quimbaya, en la ciudad de Armenia, donde se aloja la muestra característica de una de las culturas más avanzadas en materia de orfebrería y metalurgia.

A este esfuerzo del Banco y al entusiasmo de sus directivas ha correspondido de manera sobresaliente el personal técnico del Museo, cuya tesonera labor investigativa ha rendido fecundos frutos a todo lo largo de sus cincuenta años de funcionamiento. Quienes han tenido bajo su cuidado y responsabilidad directa durante estos diez lustros el depósito de las obras, han desarrollado la sensibilidad y el cariño que se requieren para conservar intacto este tesoro. Pero su labor no se ha detenido en una simple tarea de archivo; respaldados en sólidos conocimientos técnicos se han dejado deslumbrar no ya por la atracción que emana del metal precioso, sino por los resultados que ha arrojado la búsqueda de interpretaciones sobre el origen y significado de cada uno de los recipientes u objetos y la relación que puedan tener con sus artífices.

La más fructífera utilización del Museo del Oro no es la de la simple exhibición ordenada y didáctica del material, sino los trabajos de investigación que merced a su existencia ha sido posible llevar a cabo. La colección ha sido objeto de profundos estudios por parte de científicos nacionales y extranjeros, que se han acercado a esta casa para ahondar en el análisis de las variadas culturas, en el mensaje mágico-religioso que éstas contienen y en el descubrimiento del sorprendente avance que nuestros antepasados lograron en materia tecnológica y que

les permitió el empleo de los metales al haber descubierto los métodos de fundición y de aleación.

Cabe recordar a este respecto las palabras de Pérez de Barradas, quien al calificar el acervo de piezas de nuestro Museo decía:

“El valor máximo de la orfebrería hispánica de Colombia consiste en ser un arte original... Colombia aporta al arte americano la orfebrería no limitada a formar parte del adorno personal, ni a ser arte decorativo, sino como un arte mayor, en el que el vencimiento de las dificultades técnicas obligó al artista a hacer más patético su mensaje... el afán de dominio de la técnica va siempre paralelo con la conquista de nuevas visiones del mundo, diferentes de las anteriores pero tan reales como ellas”.

Debido a la orientación que ha recibido el Museo y gracias a quienes han asumido con pasión la tarea inmensa de rescate cultural, podemos decir con legítima satisfacción que el Museo del Oro del Banco de la República es una institución dinámica, de donde fluyen conocimientos novedosos acerca de nuestros antepasados. Aquí, en este recinto, la labor es de investigación y examen, no de simple conservación de tesoros para ser presentados al público. El permanente análisis a que está sometida la colección hace que el Museo del Oro constituya una expresión viva de las desaparecidas culturas prehispánicas, y en él se encuentre representada una parte bien significativa de nuestras raíces primigenias. De esta tarea surgen, de manera frecuente nuevas interpretaciones y se confirman o descartan viejas hipótesis acerca de las formas de vida de nuestros antepasados, de manera tal que los millares de objetos que aquí se guardan con verdadero celo no son simplemente un tesoro material sino que reflejan sobre todo, el recuerdo de ricas culturas desaparecidas.

Larga es la lista de investigadores que han cumplido esta dispendiosa tarea, bajo el estímulo de los distintos directores que ha tenido la institución donde sobresalen el doctor Luis Barriga del Diestro, el arqueólogo e historiador doctor Luis Duque Gómez y la actual Directora, antropóloga Clemen-cia Plazas; se han escrito y publicado, sesudos trabajos científicos y numerosos artículos de divulgación sobre la orfebrería y otros temas relacionados con ella, muchos de los cuales han trascendido las fronteras patrias y constituyen hoy día un valioso aporte a la arqueología y a la historiografía nacional. El Banco de la República reconoce y exalta la excep-

cional labor realizada y juzga que de esta forma interpreta también el agradecimiento de todas las gentes cultas de la nación colombiana.

También gracias a esta valiosa tarea de clasificación e interpretación de las múltiples obras ha sido posible llevar al exterior una importante muestra de estas maravillosas reliquias. El Museo ha recorrido, y lo sigue haciendo en la actualidad, prácticamente todos los países de América y de Europa y buena parte del Lejano Oriente, en donde ha sido objeto siempre de admiración y de interés científico. El significado de estas exhibiciones como medio de divulgación de la historia y realidades patrias ha dejado invaluable beneficios para el buen nombre de Colombia y ha propiciado un intercambio cultural muy activo con países amigos.

Durante centurias la orfebrería prodigiosa de nuestros indígenas fue fatalmente condenada a los hornos de fundición, en cuyos crisoles, atizados primero por los conquistadores y luego por celosos funcionarios de la Corona, se degradó el metal que iría a recompensar los trabajos y penalidades de la larga y temeraria aventura del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo. Así, la imagen sagrada de sus símbolos, que adornaba el cuerpo de los guerreros o se guardaba con devoción en los santuarios consagrados al culto de las deidades tradicionales, se transformó en lingotes y en toscas monedas estampadas con el sello real. De esta manera los conquistadores obtuvieron así la única riqueza que anhelaban en las nuevas colonias ultramarinas; infortunadamente también borrarón los signos de variadas culturas y el testimonio del mundo mitológico indígena.

En buena hora estamos entonces aquí rodeados de los testimonios materiales de un pasado rico y milenario que nos hace sentir el asombro casi mágico que suscitan estas espléndidas obras de orfebrería. Es gracias a ellas que encontramos puntos de acercamiento con un pasado que es de todos, y que confirma la valía de los núcleos humanos que poblaron nuestro suelo, no solamente por la riqueza de orden material, sino principalmente por la de orden estético y técnico. También percibimos estas cualidades en las diversas manifestaciones de la orfebrería regional, que permiten descubrir los nexos comunes entre las distintas culturas tomando el uso de este noble metal como hilo conductor, hasta crear un hondo sentido de identidad nacional; se exalta entonces la existencia de un pueblo con orígenes comunes y una misma nacionalidad y que en nuestro caso se expresa en un arraigado sentimiento de autoestima.

Así pues, al congregarnos hoy para celebrar los cincuenta años de vida del Museo del Oro, rendimos culto de admiración hacia las culturas que nos antecedieron y que nos dejaron estas bellas realizaciones de un arte único. Para el Banco de la República es motivo de honda satisfacción participar por intermedio del Museo del Oro, en este permanente reencuentro con nuestro pasado; por todo ello está seguro de haber cumplido una tarea de gran importancia que no se detiene y que redundará en bien de las generaciones por venir.

Bogotá, noviembre 17 de 1989